



6. Información

6.1 Reuniones y congresos

Conferencia sobre la Universidad,*

por RICARDO DIEZ HOCHLEITNER

Vengo a hablaros hoy como un universitario más, peregrino de universidades en muchas tierras, profundamente preocupado por el difícil momento que vive la Universidad, pero también optimista respecto a su futuro. Y no me refiero tan sólo a la Universidad española, aunque sea la que naturalmente más me desvele como español, sino por la Universidad en todo su alcance, por esa Universidad que no tiene ni puede tener fronteras, como no lo tienen el saber, la ciencia, ni la cultura universal, patrimonio de la humanidad. Porque lo cierto es que, recorriendo el panorama mundial, por encima de lo anecdótico, es la Universidad toda la que está en crisis o, mejor dicho, nuestra civilización, nuestra cultura. Hecho el diagnóstico y superados los embates de los desajustes actuales, es de esperar que resurja la Universidad eterna, renovada y fortalecida. Pero ahora tenemos que preguntarnos: ¿Qué le ocurre a la Universidad de hoy? ¿Qué puede y qué debe hacer ante esta difícil coyuntura? Estas son algunas de las reflexiones que quisiera hacer ante vosotros, reflexiones en alta voz, sin pretensiones retóricas, para corresponder así a la distinción que me ha hecho vuestro director al invitarme a compartir con vosotros la esperanza que conlleva un nuevo curso que comienza.

Si no fuera por la solemnidad propia de un acto inaugural, creedme preferiría con mucho establecer rápidamente un diálogo con vosotros en vez de este obligado monólogo. Porque ¿qué

es o debe ser la Universidad sino diálogo entre profesores y alumnos, todos en busca de la verdad, del saber? Dialogar para enseñar y aprender; dialogar para investigar y para hacer avanzar las ciencias humanas y sociales al unísono con las ciencias naturales y exactas; dialogar entre universidades, para apoyarse mutuamente, y entre las universidades y la sociedad para servirle e influir en ella, en su progreso social, económico y cultural.

¿No será el insuficiente diálogo una de las causas mayores de la crisis universitaria, de cuanto acontece a la universidad de hoy? De no ser así, ¿cómo es posible que hayamos sido despertados tan brutalmente por los males que aquejaban a la Universidad? Porque de hecho muchos de los problemas que ahora aparecen con toda su crudeza nos eran conocidos. Veamos algunos de ellos en la nueva perspectiva que presenta la Universidad de hoy.

Lo más tangible, lo inmediato en el aspecto numérico, la matrícula de la Universidad. Después de la última guerra mundial la Universidad ha experimentado en los países más desarrollados una verdadera explosión, en gran parte resultado natural de la extensión que había logrado con anterioridad la enseñanza secundaria, pero también como consecuencia de dos factores esenciales de motivación, a saber: por una parte, la rápida y creciente oferta del mercado de trabajo para los titulados superiores, y, de otro lado, la demanda creada por el deseo de promoción en la sociedad por medio de ese instrumento extraordinario de movilidad social y de democratización auténtica que supone la Universidad. En muchos países ricos, la Universidad ha visto triplicar y hasta quintuplicar sus efectivos en las dos últimas décadas, y nuestra propia Universidad ha

* Esta conferencia fue pronunciada en Madrid el día 5 de noviembre de 1968, pero la vigencia y actualidad de las ideas que contiene nos inducen a publicarla para dar difusión entre nuestros lectores a un texto que hasta ahora solamente conocían los asistentes al acto universitario en que se pronunció.

duplicado su matrícula en una sola década. Esta expansión universitaria ha tenido lugar muchas veces de manera atropellada. Al producirse de este modo una expansión rápida de la Universidad en su matrícula, es han multiplicado los servicios existentes, repitiendo sus aciertos, pero sin duda también sus errores. En no pocos casos, el aumento de matrícula no ha ido acompañado de una expansión proporcionada de las aulas, del número de profesores y del equipo como hubiera sido deseable.

Por si esto fuera poco, la expansión ha traído consigo la agudización de un problema fundamental que ahora se hace más patente que nunca y es el rendimiento cuantitativo del sistema educativo. Porque si en la época en que la Universidad era un privilegio de unos cuantos escogidos no se ponía tan en evidencia la desproporción entre los que se matriculaban los primeros años y los que llegaban a graduarse, hoy las cifras de deserción, de abandono de estudios, cantan acusadoras de la ligereza de algunos estudiantes que pasaron por la Universidad como por una anécdota mundana, pero sobre todo señalan dramáticamente las dificultades económicas de muchos alumnos, y la incapacidad por parte de la Universidad de atenderles debidamente y de estimular en ellos la perseverancia en los estudios. Y, sin embargo, en España estamos aún muy lejos de ese alud que se acerca inexorablemente, y diría afortunadamente, a nuestra Universidad, porque, a fin de cuentas, no tenemos aún matriculados en la educación superior más de un 8 por 100 de la población comprendida entre los dieciocho y veintitrés años, cuando hay ya un país que supera el 40 por 100 de ese grupo de edades y es cada vez más frecuente ver alcanzar cifras que corresponden entre los 15 y 20 por 100 de la población en esa edad escolar. Es decir, que aún no podemos hablar de ninguna manera de una masificación de la enseñanza superior en España, aunque sí hemos sufrido la congestión de aulas con grupos excesivamente numerosos para cada profesor.

Sin embargo, la expansión en curso del bachillerato superior nos va a llevar a las puertas de la Universidad tal número de alumnos que hará palidecer el aparentemente alto incremento anual del 17 por 100 de matrícula universitaria ante la muy probable creciente demanda social futura. Y digo esto con agrado, porque este problema numérico de la expansión, acompañado de una rápida mejora en el índice de retención, y, por tanto de graduados universitarios, debe ser motivo de satisfacción para todos quienes de verdad creemos en el derecho que tienen todos los hombres a la educación: esto es, la justicia implícita de una política de igualdad de oportunidades que exige generalizar la enseñanza universitaria para todos aquellos que tienen el nivel intelectual necesario para proseguir estudios y la vocación de servicio que ella implica.

Pero también es natural y humano que vosotros, universitarios, os preguntéis sobre las consecuencias que esta futura masificación de la Universidad va a traer para la vida del país e incluso, por qué no, para cada uno de vosotros.

En términos supranacionales, las ojalá pacíficas batallas del futuro se decidirán en términos de nivel educativo y científico de los países. Sólo un país con una amplia y eficiente educación superior podrá participar con garantías de éxito en la contienda mundial por el desarrollo. En cambio, un país con una Universidad enclenque en número y en calidad (o aun con una Universidad de alto nivel, pero con un número reducido de graduados) está condenado a ser subsidiario. El mercado de trabajo de los graduados universitarios hay que considerarlo en términos mundiales, tanto más en España, donde siempre hemos tenido vocación universal y no podemos mirar únicamente de fronteras para dentro. El mundo tiene necesidades crecientes de personal especializado superior, y todas las Universidades del mundo reunidas no alcanzan hoy en día a satisfacer una décima parte de la demanda real. Pero eso sí: hay que tener voluntad de servicio y capacidad de iniciativa, porque, aun dentro de las propias fronteras, los puestos vacantes son infinitamente superiores a los que existen de manera tangible, dentro de unas estructuras preestablecidas. Una visión realista del futuro puede demostrar que las necesidades del desarrollo económico y social ofrecen ilimitadas posibilidades a todos aquellos que hayan logrado un auténtico nivel de formación universitaria y no simplemente un título, que sigue siendo erradamente el señuelo de muchos. Desgraciadamente no disponemos en España de estudios válidos sobre necesidades de mano de obra especializada que sirvan de indicador para la orientación profesional y den una idea de las necesidades a *grosso modo* que tienen los distintos sectores actualmente; pero aunque se dispusiera de estos estudios, no tendrían otro valor, como ya he dicho, que el de indicadores, porque oportunidades que ofrece el mercado de trabajo seguirán abiertos a la dinámica vital de la Universidad, a la iniciativa y al impulso creador de las nuevas generaciones. Sin embargo, para que estas aseveraciones se materialicen en la realidad práctica, la Universidad tiene que empezar a introducir cuanto antes un alto grado de flexibilidad en su organización y, por consiguiente, en la organización de los estudios y en la concesión de títulos, adaptando el contenido de las enseñanzas a las necesidades reales del presente y del futuro. Para estos fines es para los que tendrá que obtener y ejercer una autonomía total y responsable. Si la Universidad, con la ayuda de todos, vuelve a ser el centro de estudio e investigación serena que fue en los días en que nació como una comunidad de profesores y alumnos en busca del saber, logrará dejar de lado esa obsesión actual de los títulos, preocupada con unos derechos, para hacer renacer la autén-

tica actitud universitaria de servicio a la ciencia y a la comunidad, ante la cual el premio de un puesto de trabajo y de una remuneración apropiada no se puede hacer esperar, no se ha de hacer esperar, siendo así que las necesidades reales de personas auténticamente capacitadas es tan grande. Por ello, junto a la expansión y a un más alto rendimiento de graduados, la Universidad de hoy tiene que preocuparse de la mejora de su calidad y de la adaptación de su contenido y de sus carreras a las nuevas necesidades que se van creando, y organizar su docencia más y más alrededor de la investigación, que es la que marcará siempre el nivel de sus enseñanzas. Pero además, y para estos fines, hay que renovar los métodos y los medios de enseñanza, sin miedo a las innovaciones. Han transcurrido ya varios siglos de experiencia universitaria, y, sin embargo, no hemos sido capaces aún de disminuir la importancia que las lecciones magistrales siguen teniendo cuando, como decía al principio, el diálogo—es decir, el seminario, la enseñanza en equipo, el trabajo en equipo, el estudio de casos—es un método mucho más eficaz que permite hacer de todos nosotros docentes a la vez que discentes. La nueva pedagogía, que ya se vislumbra y de cuyo alumbramiento va a ser testigo esta generación, es una pedagogía que exige la auténtica integración del binomio profesor-alumno, en el que muchos alumnos, sobre todo los de cursos superiores, tendrán que asumir una función tutora de sus compañeros y el profesor tendrá que ejercer sus dotes de maestro escuchando mucho más para poder orientar al alumno, que eso debe ser la educación: orientar, enseñar a aprender a cada uno por sí mismo, porque toda su vida tendrán que hacerlo seleccionando una información cada día más extensa y mecanizada. Estamos ante las puertas de una Universidad que para poder hacer frente a esa deseable democratización, a esa avalancha masiva, no podrá disponer de catedráticos, de profesores del más alto nivel científico que transmiten, como sería deseable en teoría, a pequeños grupos el saber de las respectivas ciencias. Estamos, digo, ante una Universidad acogedora, que necesitará hacer uso por fin de la tecnología que ha revolucionado y hecho progresar rápidamente a casi todos los sectores de la ciencia y de la productividad. Se habrán de utilizar la televisión, los satélites, la enseñanza programada, todos los medios audiovisuales conocidos y otros muchos actualmente en estudio, los sistemas electrónicos para la informática, etc., para lograr liberar al profesor al máximo de la parte mecánica de transmisión de la información y hacer de él el preceptor, el investigador, el guía de unos estudiantes que participan plenamente en la Universidad.

La Universidad tiene que dejar de ser, si jamás lo ha sido, el instrumento para obtener un título artificial, para dedicarse a ser plenamente el lugar donde se alcanza un nivel de conocimientos, un hábito de aprender por sí mismo, y

una capacidad de investigación que permite a unos hombres, conscientes de su deber ante sí mismos y ante la sociedad, incorporarse a la vida activa por su propio valer.

Todas estas transformaciones en curso van a cambiar el nivel educativo exigido para distintas actividades profesionales, porque frente al temor de una inflación de títulos, las exigencias actuales de conocimientos o de nivel de enseñanzas para diversas actividades van a aumentar también. Podría decirse muy bien que hasta ahora, en el proceso de desarrollo, no ha habido más remedio que conformarse con niveles de enseñanza inferiores a los deseables cuando en realidad era necesario un nivel cultural mucho más elevado. Todos sabéis que ahora el gran tema de la enseñanza y de la enseñanza universitaria en particular empieza a ser la educación permanente que terminará por hacer de todos universitarios activos a lo largo de nuestra vida. Los días en que se creía poder terminar los estudios alrededor de los veinticinco años están pasando rápidamente a mejor vida. La explosión de conocimientos, los avances tecnológicos, la aparición de nuevas estructuras sociales y económicas, y con ellos la necesidad de nuevos conocimientos y técnicas, hacen fácilmente inadecuados los conocimientos adquiridos hace cinco o diez años y obligan a pensar en institucionalizar un entrenamiento sistemático periódico en las propias aulas universitarias o en los respectivos puestos de trabajo en colaboración con la Universidad. Creo que todos debemos mirar con gran ilusión este porvenir exigente y renovador que mantendrá mucho más jóvenes a las futuras generaciones, por otro lado cada vez más longevas. Así se logrará que la inversión previa que la sociedad y cada uno de nosotros hemos hecho al seguir unas carreras universitarias se capitalicen y enriquezcan continuamente.

Mas al lado de esta misión de la Universidad cara a la sociedad, de su obligación de preparar los cuadros de dirigentes y profesionales que requiere la vida económica y social, tiene otra responsabilidad de vital importancia en relación con la totalidad del sistema educativo. El proceso educativo ha de concebirse como un todo orgánico y continuado desde la educación preescolar a la Universidad, sin las divisiones artificiales que en nuestro país constituyen verdaderas vallas entre los niveles primario, secundario y superior. Las deficiencias que pueda haber en la enseñanza primaria y media repercuten profundamente en la educación superior, y, a la recíproca, los fallos de ésta ejercen una influencia desfavorable en los grados medio y primario. La acción más directa de la Universidad en beneficio del sistema educativo debería centrarse en torno a tres problemas fundamentales: la formación de profesores, la investigación educativa y la preparación para las nuevas y diversas especializaciones que exige una administración educativa moderna. Estos tres sectores tienen un valor estratégico considerable para lograr el me-

joramiento técnico y cualitativo de la educación. Se ha dicho con razón que ningún sistema educativo es superior a lo que son sus profesores. Creo que el nivel científico del profesorado español es excelente, pero en un plano de auto-crítica cordial no podrían silenciarse las repercusiones desfavorables que tiene para la eficacia de su labor la carencia o insuficiencia de una seria y sistemática formación pedagógica. En cuanto a la investigación educativa es un hecho indudable que por la falta de atención hacia ella, que se ha traducido en la pobreza limitadísima de los recursos que se le destinan, y por otras causas, entre ellas la complejidad misma de los factores que intervienen en el proceso educativo, no ha logrado los avances que han permitido una renovación profunda de las ciencias naturales, sociales y humanas en los últimos decenios.

La formación de especialistas en educación es otro campo en el que las necesidades son sumamente apremiantes. La creciente complejidad de los sistemas educativos, que constituyen hoy empresas gigantescas por el número de personas que los integran, por la diversidad de responsabilidades que implican y por los cuantiosos recursos que se les consagran, muestra la necesidad de contar con cuadros de profesionales capacitados en una gama muy variada de especializaciones; en supervisión y formación de personal, organización y administración de la educación; en planeamiento y en estudios sobre necesidades de profesionales y de mano de obra; en orientación educativa y profesional; en estadística e investigación educativas; en financiamiento. He ahí esbozados algunos sectores cuya atención constituye un reto estimulante para que la Universidad realice una acción efectiva del más alto valor multiplicador en relación con el sistema educativo del que ella constituye la cúspide, posición que le confiere una especial responsabilidad tutelar y orientadora con respecto a los demás grados de la enseñanza.

He tratado de bosquejar a grandes trazos alguno de los problemas que enfrenta la Universidad de hoy y aludido en parte a lo que puede y debe hacer en el futuro, y habréis visto que la solución de estos problemas exige entusiasmo y confianza en el futuro y la cooperación de todos en lo que es bien de todos.

Para la Universidad española se abre ahora un movimiento esperanzador, porque pocas veces, quizá nunca en nuestra historia, ha existido un clamor tan generalizado, una coincidencia tan amplia entre la sociedad, los poderes públicos y la Universidad, sobre la imperiosa y urgente necesidad de reorientar la acción de ésta y de proporcionarle los medios necesarios para que asuma las responsabilidades y cumpla eficazmente la función vital que le compete en relación con la sociedad española.

Los primeros pasos para esta reforma se han dado ya y en la mente de todos están algunas disposiciones oficiales recientes sobre creación de nuevos centros de educación superior, de es-

tablecimiento de los canales necesarios para lograr una representación auténtica y calificada de los estudiantes que participe en el planeamiento y organización de la vida universitaria o de ayudas y becas para facilitar el acceso a la Universidad de las clases sociales menos favorecidas.

La reforma académica, técnica, cualitativa, tan necesaria para mejorar el rendimiento interno de la Universidad, se está emprendiendo también. Hace pocos días se ha celebrado en Madrid una reunión en la que han participado representantes muy calificados de la Universidad española junto a profesores españoles eminentes que ejercen la docencia en universidades extranjeras y que, con un patriotismo ejemplar, por encima de posibles diferencias ideológicas, han querido dar la aportación de su saber y de su experiencia en esta hora crítica de nuestra Universidad, al lado también de especialistas muy competentes de organismos internacionales y de centros de educación superior de otros países.

En esa reunión se han elaborado las bases generales de la reforma universitaria que ahora habrán de ser objeto de una amplia consulta pública en la que tendrán una participación decisiva profesores y alumnos universitarios.

Todos los grandes problemas de la Universidad van a ser objeto de ese examen y de cuidadosa revisión: sus objetivos cara a las exigencias que plantea la sociedad española actual y la que se avizora para el futuro; su estructura y sus órganos de gobierno para responder adecuadamente a las nuevas responsabilidades que debe asumir, a fin de proporcionar los cauces adecuados para una mayor vinculación y cooperación social a la obra de la Universidad. Se piensa en una modificación de los tipos de grado que actualmente otorga la Universidad, estableciendo niveles de distinta profundidad en los estudios, así como la introducción de numerosas carreras cortas que puedan satisfacer las grandes necesidades de personal intermedio que existen en casi todos los sectores profesionales. Los planes de estudio, los métodos de enseñanza, la investigación científica serán objeto también de consideración y recibirán un gran impulso para mejorar la eficacia interna del proceso educativo. Finalmente, los sistemas de selección de los alumnos, las pruebas y exámenes deberán perfeccionarse en su objetividad, de tal modo que las calificaciones obedezcan más a una observación sistemática y continuada del trabajo del alumno que al resultado de pruebas esporádicas, y que constituyan un estímulo para el esfuerzo y el trabajo del estudiante. Subrayo este punto del esfuerzo del alumno porque no debemos olvidar que el mejoramiento de la educación superior, su rendimiento cualitativo, están condicionados en gran medida por la contribución del alumnado. Es posible que el planteamiento de este punto no sea popular, pero en cualquier caso ya parece oportuno comenzar a hablar seriamente, al lado de las obligaciones de los poderes públicos, de la sociedad y del profesorado en rela-

ción con la Universidad, a hablar seriamente, repito, de los deberes del estudiante.

Finalmente, se va también hacia la renovación del sistema de provisión de los puestos de profesorado, de tal manera que se asegure el nombramiento de las personas más idóneas, anteponiendo el prestigio y calidad de la enseñanza universitaria a cualquier otra circunstancia.

Quizá alguno de vosotros, estudiantes universitarios, tengáis a veces el sentimiento de ser los clientes de una Universidad con el derecho supremo del cliente de tener siempre la razón y de demandar mejores servicios sin contribuir directamente y por todos los medios a mejorar esa Universidad que es tan vuestra como del que más. Y lo es vuestra no solamente durante estos años de estudio sistemático, sino de por vida. Esta es la Universidad que os da lo mejor de sí misma, pero que también exige de vosotros lo mejor de vuestra imaginación y de vuestro quehacer constructivo, porque, como os decía, la Universidad de hoy, y tanto más la Universidad de mañana, se hace de un esfuerzo mancomunado en el que el estudiante también tiene que cooperar en cierta medida como profesor de sus compañeros, como miembro de equipos de estudio e investigación. A lo largo de los años de vida profesional podréis regresar periódicamente a las aulas para manteneros al día en vuestras respectivas profesiones, cambiar de especialidad o prepararos a integrar equipos interdisciplinarios con objetivos científicos distintos al de vuestra formación básica.

Para estas transformaciones urgentes, que van

a tener exigencias profundas en cuanto a la estructura misma de la Universidad, a las modalidades de su gobierno, a sus métodos de enseñanza y a sus títulos y carreras, es preciso hacer desde ahora un gran esfuerzo dentro de la Universidad que tenemos hoy, en esa actitud generosa que es propia de la juventud, pero también de los educadores, y que consiste en sacrificarse al servicio del futuro; es decir, que es preciso sacrificarse por esa Universidad del año 2000 que vosotros veréis, pero de la que se beneficiarán sobre todo nuestros descendientes. Ellos comprenderán que la crisis de la Universidad que hoy vivimos fue resultado de una sana insatisfacción ante una institución que, habiendo cumplido una muy noble y eficaz misión para hacer posible los cambios sociales que ya se hacen comunes hoy en día, y el progresivo bienestar material que alcanza a sectores cada vez mayores de la población, no está configurada aún para hacer frente eficazmente a una auténtica democratización de la enseñanza, al progresivo dinamismo de nuestras sociedades con sus cambios renovadores y con las exigencias tecnológicas de una industrialización progresiva. Pero, sobre todo, creo que verán, al hacer el análisis de estos momentos difíciles, que la crisis fue una crisis de crecimiento, una crisis producto de su propio éxito, en un momento de cambio de era en que la sociedad, insatisfecha ya por la única perspectiva de un creciente consumo de bienes, se preparaba para poner al alcance de todos la educación como el bien social e individual máspreciado.